

de que fuese objeto de calumnia el buen celo del dominico.

Solo empleó una noche Tezel para refutar á su adversario. Imitando á aquel en su estilo, dividió su trabajo en veinte párrafos ó proposiciones. La polémica tezeliana no tiene nada de picante, y despues de leida no se comprende por qué causó tanto efecto en el púlpito el Inquisidor, pues no se encuentran esas imágenes de mal gusto, esas comparaciones desvergonzadas, y ese lujo de figuras insolentes con que se decia manchaba sus discursos. Es un profesor de teología, que discute sin injuriar: ¡tan seguro considera el triunfo!! Lutero rehuye la controversia, porque aspira á llevarla á Wittemberg, y responde en estos términos á Tezel: «Yo me burlo de tus gritos como de los rebuznos de un asno: en lugar del agua, te aconsejo que uses del jugo de la parra, y en lugar del fuego, puedes muy bien sorberte el olor de un ganso asado. En Wittemberg estoy, y yo, Martín Lutero, doctor, hago saber á todo Inquisidor de la Fe, que como tal se traga el hierro hecho ascua, y hien-de de solo un tajo una montaña, que aquí se encuentra muy buena hospitalidad, puerta franca al que llegue, mesa á pedir de boca, y tratamiento exquisito, merced á la hidalguía y generosidad de nuestro duque y príncipe el elector de Sajonia.»

Tezel no concurrió á la cita, en lo que anduvo acertado, porque la partida no era igual. El dominico no se habria servido en la discusion ni del jugo de la parra ni del humillo del ganso asado.

De semejantes figuras solo habia un monge en el mundo que pudiera servirse de ellas para discutir, y este era Martín Lutero.

CAPITULO V.

LAS TESIS.—1517.

Necesidad de una reforma, proclamada por el pontificado.—Carta de Lutero al Arzobispo de Mayenza sobre el sermón contra las indulgencias.—Scultet, Obispo de Brandeburgo, envia el abad de Lenin á ver á Lutero, y este promete retirar las tesis.—Pocos dias despues las hace fijar en las paredes de la colegiata de Wittemberg.—Efecto que producen en Alemania.—Las aprueba Erasmo.—Hutten hace imprimir la carta del filosofo, pero desfigurándola.—Es elogiado por Lutero.—Retrato de Prierias.—Opinion de Erasmo sobre el escrito de Prierias.—Lutero traduce sus tesis al aleman.—Su carta á Scultet, á quien pretende engañar.—Scultet.

No fueron solamente Hutten, Eobames, Hesus y las cartas de Alemania quienes aplaudieron el reto hecho por Lutero á la autoridad y á su representante Tezel, sino el pueblo, que se apasiona siempre por una palabra vigorosa; los estudiantes, que se juzgaban libres del yugo de Aristóteles; los agustinos, por sus celos contra la cogulla de los dominicos, y algunas personas que vivian en la expectativa de un nuevo Mesías anunciado por Clemangis; y el cual debia reformar, no ya la fe católica, inalterable por su esencia, sino los abusos «con que la Iglesia misma habia llegado á contemporizar.» Erasmo ha hecho una pintura del estado en que se hallaban los espiritus á la aparición de Lutero.

007170

La reforma era necesaria, así lo decían los Pontífices; era, mas aun que una necesidad, un deseo ó aspiración de que se sentía animado el mundo católico.

El sermón de Lutero en la iglesia de Wittemberg fue tenido por el soplo de vida de una nueva regeneración, y como si el concilio de Letran, que convocó Julio II, no hubiese ya, bajo Leon X, dado principio á la reforma exigida por toda la cristiandad. Nadie sospechaba los destinos que el sajón preparaba al mundo. Solo Dios lo sabia.

Lutero se alarmó con el ruido que produjo su predicación. Una persona poderosa podia comprometer su obra y ahogarla antes de tiempo; esta era la del Arzobispo de Mayenza, príncipe de la casa de Brandeburgo, y elector del imperio, y cuyo afecto, ó cuando menos su silencio, le importaba conquistar. Lutero se decidió á escribirle: su carta respiraba humildad y devoción.

El Arzobispo no le contestó. En iguales términos habia escrito algunos dias antes al Obispo de Misinia, el cual le recomendó la prudencia en materias tan ardientes. «Lo que demuestra, dijo Lutero mas tarde, que el Obispo estaba poseído del diablo.» Tuvo mejor éxito que estas dos otras cartas dirigida á su Prelado, Gerónimo Scultet. Scultet pertenecía al partido de los humanistas; pero se asustó cuando leyó el sermón manuscrito y las tesis de Lutero. Apresurose, pues, á enviarle un sacerdote de ciencia y de fe, portador de una carta, donde el Obispo, despues de tributarle las mas finas alabanzas y manifestarle el disgusto que le habia causado Tezel, le pedia que, por interes de las almas, olvidase lo pasado.

«Su gracia os ruega, decía el abad de Lenin, que no imprimais, ni vuestro sermón, ni vuestras tesis, que alarmarian á la iglesia de Wittemberg.»

Esta súplica movió el corazón de Lutero, que contestó: «Estoy satisfecho; haré lo que pide su gracia, porque prefiero obedecer á hacer milagros.»

El abad de Lenin se despidió del doctor. Pocos dias despues el sermón se publicaba ya en lengua alemana, y las tesis aparecieron fijadas á la puerta de la iglesia de Todos los Santos. No puede darse un ejemplo mas inaudito de hipocresía. Hasta el dia que escogió para publicar las tesis prueba su deseo de causar grande escándalo. La festividad de Todos los Santos llevaba al templo á la muchedumbre, y la Universidad, las comunidades religiosas, el elector Federico y su corte, todos asistian á los oficios divinos. Era tambien una antigua costumbre universitaria disputar en la vispera de semejantes solemnidades sobre algun punto dogmático, para atraer mayor número de oyentes. Staupitz y los profesores estaban inquietos desde que supieron la resolución de Lutero: envidiaban la gloria que prometia á su orden; pero temian, porque ignoraban las disposiciones del elector desde que tan terminantemente habia desaprobado el sermón contra Tezel. Parece que, para mayor publicidad, Lutero proyectó al principio escribir sus tesis en alemán; pero todo lo que de él pudo obtenerse fue que las escribiera en un idioma incomprensible para el vulgo.

El 31, pues, de octubre de 1517, á las doce del dia, el portero de los agustinos fijó en las columnas exteriores de la iglesia de Todos los Santos el manifiesto del «hermano agustino, doctor en teología, maestro de las Sagradas Escrituras, contra el hermano Juan Tezel, de la orden de predicadores, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.»

Desde la apelación profética del presbítero de Bohemia en la hoguera, no se habian oído en Alemania palabras mas insultantes contra Roma. Los humanistas, los plebeyos y los nobles, creyeron que el cisma anunciado por Huss habia aparecido ya. Voltaire ha dicho que en la edad media «el papado era la opinion;» júzguese, pues, del efecto que debieron producir las tesis. Aquello era un reto lanzado contra el pontificado á la faz del universo.

Lutero, que adivinaba la agitación que iba á causar, tuvo cuidado de presentarse al pueblo alemán como un estudiante que quiere divertirse con su maestro; «como un fraile muy fresco salido de la cocina del convento,» que en los bancos de la escuela dice todo cuanto le viene á las mientes, bueno ó malo, y siempre bajo la forma dubitativa; como un adepto á la teología, que reúne muchas palabras y que desea divertirse, lo mismo con la cólera que con la ignorancia de sus adversarios.

«Por mi salvación, decía despues Lutero, que yo no sabia en aquella época mas que cualquiera de los que venian á preguntarme lo que era una *indulgencia*.»

Esto, sin embargo, no pasaba de ser un ardid de que se valia el reformador; porque si perdía en la lucha, aspiraba á escusarse con su corta edad y su falta de esperiencia, al paso que si salía vencedor proclamaba la derrota de Roma.

Su protesta no podia aparecer mas humilde y conforme á un verdadero hijo de la Iglesia.

«No aspiraba á considerar como verdadero sino lo que se apoya en la Sagrada Escritura, los Santos Padres, las decretales y los cánones, y solo se propone disputar sobre los puntos dudosos y difíciles de ciertas sentencias de los Padres ó decretales de los Pontífices.

Siempre sometido á sus superiores, quiere, sin embargo, aprovecharse de la libertad que tiene todo cristiano de atacar las suposiciones de imaginaciones estraviadas, que, según Santo Tomás, San Buenaventura y otros escolásticos y canonistas, no descansan sobre la letra bíblica, como dice San Pablo en este pasaje: «Probad, y elegid lo que es bueno.»

Las proposiciones iban, pues, á conmover la Alemania: marchaban, según la frase de Myconio, como si los ángeles las llevaran sobre sus alás.

Eck se presentó para sostener el principio católico. Su

nombre era ya conocido en la Alemania sábia, como doctor en teología, como canceller de la Universidad de Ingolstadt, y como hombre de erudición y de ingenio. Así es, al menos, cómo le juzgaba Lutero en 1518. Dos años mas tarde no era ya para él mas que un satélite de Satanás, un enemigo insigne de Cristo, un teologastro y un miserable sofista. Eck empleó mucho trabajo y largas vigiliás; sembró á manos llenas los textos profanos, las citas de los Santos Padres; perfumó sus obeliscos con un olor de antigüedad capaz de engañar al mismo Erasmo; obtuvo por su dición ciceroniana los elogios de los sabios, y asombró con su vasta memoria, y con esto creyó terminada su obra.

Emser, aristotélico de Dresde, quiso medir sus fuerzas con Lutero; pero obtuvo de su competidor respuestas llenas de insolencias contra el papado. El Sajon se despedía de la Roma de Emser de este modo: «¡Adios, Roma, ciudad de escándalo! ¡La cólera de mi Señor, que está en el cielo, va á tronar sobre tí! ¡Adios, guarida de dragones; adios, nido de buitres, de buhos y murciélagos; adios, madriguera de furias, de duendes, de gnomos y de genios maléficos!»

No fue mas afortunado Silvestre Prierias (Prierio), fraile dominico y maestro del Sacro Palacio. Educado en la ciudad de Florencia, era el amigo, el Mecenas, el familiar de los artistas que allí se reunian: hombre cortés y brillante, no ostentó en sus disputas con Lutero la acrimonia que algunas veces se puede echar en cara á los adversarios del fraile agustino. Su palabra fue siempre tranquila, florida, y tal vez demasiado estudiada. Estuvo inspirado hasta en la forma que adoptó para responder á Lutero; un diálogo fácil, franco, sin afectación, y ea el que vagaba de un asunto á otro, fue como una comedia entre dos personajes, en que el adversario ea la cuando se quiere, habla cuando se le escucha; en que el maestro dice siempre la última palabra, y en el que el discípulo tiene la seguridad de ser vencido.

Prierias, que habia pasado la edad madura en aquella atmósfera de adulaciones que pueblos y Reyes tributaban á Leon X, solo vió al papado en la cuestión suscitada por Lutero. Antiguo rector de la corte de los Médicis, en que habia pasado su infancia, no pudo soportar que Lutero se atreviese á tocar los rayos de la tiara de Leon X, su bienhechor.

Se advierte, al leer sus escritos, que se hallaba bajo el imperio de la fascinación que el Pontífice ejercía sobre todas las inteligencias. Es verdad que su culto por el papado raya en la adoración; pero no debe culpársele por su entusiasmo, porque hay algo de caballeresco en la abnegación de este hombre de cabellos blancos, ya en el umbral del sepulcro, y que, exhausto de fuerzas y enfermo, empeñaba una lucha con una imaginación de treinta años.

Erasmus, que desde Basilea espía las faltas que pudieran cometer los frailes, para entregarlas á la rechifla de sus amigos, no dejó pasar desapercibidas ciertas palabras de Prierias; se burló de ellas, y escitó la risa de los demás, á espensas del dominico. Lutero fue mas severo, y vió en el maestro del Sacro Palacio un escribiente de Satanás, que manejaba la pluma mientras le dictaba su maestro.

Con un hombre del temple de Lutero, la cuestión tomaba grandes proporciones; cada palabra hostil ó dudosa que se escapaba á uno de sus adversarios, era para él el testo de una nueva glosa. A sus ojos era una gran fortuna haberse las con un fraile ignorante ó apasionado, porque el combate se perpetuaba. Sus amigos, sus malas inclinaciones, su amor al escándalo, la atención de Alemania fija en él, todo le inducía á disputar; esta era su alegría, su vida, su destino, y además, como dice él mismo, «las luchas incesantes de la palabra agitaban aquel cuerpo ó aquel corpúsculo, que sin esto hubiera sucumbido á otras tentaciones. Loar al Señor; es decir, combatir: hé aquí su misión en la tierra.»

Pero ¡cuán de prisa se camina por la senda de la rebelión! Testigo Lutero. Primero se encoleriza contra los que vendían las indulgencias; pero cree en la eficacia de los remedios espirituales y en el poder que tiene el Jefe de la Iglesia para concederlos. «Anatema, dice, al que niegue la verdad de los perdones.» Mas tarde, por uno de esos caprichos de la imaginación que tanto agradaban al agustino, trató de someter al exámen la doctrina relativa á la gracia espiritual, hallándose dispuesto, si era menester, á arrojar al viento y á las llamas lo que presenta como vanas quimeras, como sueños de una mente estraviada, y como burbujas de jabón. ¿Quién quiere argumentar? Pero ¿cómo se disputa sobre el poder del Criador sin que padezca menoscabo la Majestad Divina, tocante á su reposo, con esas bachillerías de niño? Esto es lo que hizo Lutero. Como nadie acudía al palenque, viendo que su palabra resonaba á gran distancia, se resolvió á imprimir su tesis, que en breve se estendió y se propagó, convirtiéndose en un caos de dudas: dudas sobre la ineficacia de las indulgencias, dudas acerca del mérito de las buenas obras, dudas acerca del poder del sacerdote en el Sacramento de la Penitencia, dudas sobre la justificación del pecador. En vano asegura que disputa y no afirma, porque este juego atrevido debía al cabo turbar las conciencias. La Alemania religiosa se conmovió en efecto, y se conmovió mas hondamente cuando Lutero tradujo sus proposiciones en lengua vulgar. ¿Con qué designio emprendió este trabajo, si se hallaba, como decia, profundamente afligido del ruido que hacia su nombre? ¿Por qué arrojar en medio del pueblo unos debates que, cuando mas, debían agitarse en el interior de un claustro? El motivo que para ello alega es muy singular. «Muy á pesar suyo, dice, da al mundo aquel espectáculo, pobre jóven sin inteligencia; pero prefiere que se le tache de loco á esponer la salvación de las almas.» Y, despues de todo, él no hacia mas que proponer; pero entonces, ¿por

qué se dirige al pueblo, por qué ha abandonado el uso de la lengua latina? Si no dogmatiza, ¿por qué acusar de astucia, de ignorancia y de blasfemia á todos los que no creen en él? Si entre esas cuestiones que mira como frívolas, ligeras y superficiales, las hay que son verdaderas, otras dudosas y muchas oscuras, cuya solución es preciso deferir al arbitrio supremo de la Iglesia, ¿por qué pedir que se destruyan los cánones, las decretales, la teología, la filosofía, la lógica, es decir, la Iglesia misma?

Fuese que Lutero se sobrecogiese de las tempestades que preparaba á la Alemania, fuese que le sorprendiera aquella unanimidad de voces católicas en condenar sus proposiciones, ó ya que los progresos de su doctrina turbasen su espíritu, es lo cierto que por un momento retrocedió ante la obra comenzada, y la carta que escribió al Obispo de Brandemburgo revela todas sus ansiedades. Esta carta, demasiado afectuosa para ser sincera, quedó sin respuesta. Todos se contristaron del silencio del Obispo, porque todos querían persuadirse de que algunas palabras de afecto podían aun detener á Lutero en el borde del abismo. El gran defecto del hermano agustino era el orgullo: así es que no pudo perdonar al Prelado. Dicen que Scultet, convencido de que la voz del fraile no hallaría eco, durmió tranquilamente en medio de sus ovejas. Sleidan, Burnet y todos los escritores reformistas, se han dado demasiada prisa á condenar á este Obispo, que murió guardando el secreto de su silencio; pero este silencio tiene su explicación.

Scultet, mezcla de astucia italiana y de buen sentido alemán, no podía ser engañado por Lutero; conociale desde la embajada del abad de Lenin. ¿Qué podía decir caritativamente á un sacerdote que, en su respuesta al *Epítome* de Prierias, llama á Roma *Babilonia purpurada* y *Sinagoga de Satanás*? ¿Podía dar el ósculo de paz á un fraile que aconsejaba á los Emperadores, á los Reyes, á los

principes de la tierra, que se vistiesen su armadura, y que espulsasen, no por medio de edictos, sino con ayuda de las armas, á los romanistas que opinasen como Prierias, y que quería que se lavasen las manos con la sangre de los Cardenales y de los Papas, como se entrega al patíbulo un ladrón, á la horca un asesino y al fuego un hereje?

Scultet no era únicamente sacerdote; era profeta.

48-30-79  
papelera  
m. d. v.

CAPITULO VI.

LUTERO CITADO A ROMA.—1518.

Las tesis atraviesan los Alpes.—Apelacion de Lutero al Papa.—Su fingida sumision en el momento mismo en que escribia el sermón *tocante á la muerte de Adan en el hombre*.—Leon X quiere de nuevo atraer al doctor, y encarga á Staupitz que le escriba.—Lutero rehusa escuchar al monge.—Propáganse sus doctrinas.—Trabajan los principes por que se popularicen.—Motivos que á ello les inducen.—El Emperador Maximiliano denuncia á Lutero al Papa.—El Soberano Pontifice encarga á Cayetano que cite á Lutero á Roma.—Perplejidad del fraile; subterfugio de que se vale para no obedecer.—Cobra alientos, y se rie de las amenazas de excomunion y del Breve del Papa.—Quiere ser juzgado en Alemania, y se resuelve á no marchar.—El Papa consiente en que le juzgue Cayetano.—Lutero está decidido de antemano á no retractarse.

«Entre tanto, pues, decía Leon X, vivamos en paz; el hacha no corta aun el tronco del árbol; tan solo se entretiene en podar las ramas.» El Papa tenia razon. En ninguna época del cristianismo habia brillado la tiara con tanto esplendor; delante de ella se eclipsaban todas las coronas. El Papa era verdaderamente el monarca universal; Reyes, principes, grandes de la tierra, el pueblo, todos, se disputaban una de sus miradas, se le celebraba en todos los idiomas, y su retrato se hallaba igualmente en las chozas y en los palacios. Y la razon era que el nombre de Leon X despertaba á la vez todas las ideas de arte, de ciencia y de gloria.